

sia. Pedro Danés, primer profesor de lengua griega, y por otra parte muy versado en la hebrea, no ha dejado ningun monumento de sus trabajos sobre la Biblia; pero educó á los Amiot, los de Billy, los Genebrardos y otra multitud de célebres escritores que nunca podrán ser acusados de heregía ni de ignorancia en las bellas letras, ni de no haber sabido distinguir entre la Biblia y el *Corán*.

Si se nos dijera que los primeros restauradores de las letras en Francia no tomaron parte en la teología de las escuelas, y que hasta tuvieron muy acaloradas disputas con ciertos doctores escolásticos, cuyo método les parecía demasiado contencioso y poco digno de la magestad de la Religión, responderemos que es muy cierto, y que en aquellas circunstancias no siempre se logró huir de los extremos. Por una parte el renacimiento de las bellas artes, de las lenguas, de la historia y de la crítica, inspiraba á los sabios miras de reforma para el estudio de la teología escolástica, lo cual hubiera sido una idea muy razonable, si se hubiera tenido moderación en el modo de proponerla. Por otra parte, la afición á las letras inspiraba al ánimo una especie de libertad, daba á los discursos algo de atrevimiento, y producía un estilo demasiado incisivo en los escritos que trataban de Religión. Algunos teólogos fijaron la vista en estas disposiciones, temieron sus resultados, y hubieran en verdad merecido elogios, si se hubiesen armado esclusivamente contra los abusos de la ciencia. Pero ni de una ni de otra parte pudieron contenerse. Los sabios vilipendiaron los ejercicios de la escuela, y á su vez los escolásticos á pretexto de celo denigraron la erudición. Los literatos trataron de bárbaro al Maestro de las Sentencias juntamente con sus comentadores, y los teólogos calificaron de discípulos de Lutero á casi todos los que manifestaban afición á la literatura. Los primeros se imaginaron que sin poseer el griego y el hebreo nada podía entenderse del plan del cristianismo, y los segundos creyeron que aquellos idiomas eran perjudiciales á la fé. Tales son los desmanes y defectos en que unos y otros incurrieron reciprocamente; mas al mismo tiempo hay otras dos cosas no menos verdaderas: la primera es que, segun ya hemos dicho, la mayor parte de los mas distin-

guidos literatos no abandonaron el catolicismo, á pesar de las invectivas de los teólogos, como lo demuestra la conducta de los profesores mencionados, á quienes se pueden añadir los nombres de los ilustres obispos Pedro de Châtel y Guillermo Pelissier, y los doctores D'Espence, Guillaud y algunos otros que aunque se vieron acusados de innovacion en las doctrinas, probaron con hechos evidentes lo distantes que de ello estaban.

No tenemos tanto interés por Erasmo que intentemos vindicar igualmente su reputacion, pues prescindiendo de ser extranjero con relacion á Francia, causó demasiado escándalo para que se le pueda disculpar en todo. Debe-sele sin embargo hacer la justicia de decir que siempre fué mirado con la mayor consideracion por los Papas, que se declaró abiertamente enemigo de Lutero y que falleció en la comunión de la Iglesia romana. Muy grato nos fuera poder decir otro tanto de Jacobo le Fevre de Etaples, personaje harto conocido por sus disputas con la Facultad de teología de Paris; pero que á pesar de no ser acusado de tantos escesos como Erasmo, terminó peor que este su mortal carrera, si es que la relacion de su muerte no ha sido alterada por los sectarios (1).

La segunda cosa que nos conviene hacer notar y aun afirmar resueltamente es que aquellos teólogos que tanto levantaron el grito contra los literatos, y que por esta circunstancia se atrajeron tantas invectivas, conocian á fondo la Religión, y aun se hallaban bastante instruidos en la controversia particular concerniente á los libros de la Escritura. De ello dieron pruebas en dos asuntos sumamente delicados, á saber: el de Erasmo y el de Roberto Estéfano.

Sin el conocimiento de las lenguas sabias, los teólogos de aquel tiempo tuvieron capacidad para instruir á los fieles y defender la Religión. Sin embargo, los que vinieron inmediatamente en pos de ellos, ya hicieron alarde de una erudición mas vasta. En las asambleas de la Facultad en que se examinaron las biblias de Roberto Estéfano, ya habia un gran número de doctores muy capaces de juzgar el texto griego de los Sagrados Libros, y siguiendo el curso de los años podriamos citar una

(1) Jurieu, *Apol. de los reform.* t. 1. p. 149.

multitud de comentadores que hicieron honor á aquella escuela. Empero es preciso consagrar aqui algunos momentos á una reflexion suscitada por el recuerdo de Roberto Estéfano y de sus disputas con los teólogos de Paris. Esta reflexion encierra uno de los argumentos mas sólidos que se pueden aducir para demostrar que antes de la supuesta reforma ya se cultivaban en Francia las lenguas sabias y que hasta se leia la Sagrada Escritura en su testo original. Roberto Estéfano dió principio á la edicion de su hermosa Biblia hebrea en 4.º el año 1539, y teniendo ya en esa época treinta y seis años de edad, debia ya hacer mucho tiempo que se ejercitaba en el estudio del hebreo, pudiendo afirmarse que no se consigue publicar una obra como aquella, sin haber anticipadamente adquirido un perfecto conocimiento de la lengua santa, sin haberla siquiera estudiado desde la mocedad. Suponiendo, pues, que á los quince años de edad hubiese principiado á iniciarse en aquel género de erudición, sus primeros ensayos se remontarian á la fecha del nacimiento del luteranismo en Alemania, en cuya época la Francia aún no habia sufrido agitación alguna respecto de la doctrina. Añádase á esto que Enrique Estéfano y Simon de Colines, padre el uno y suegro el otro de Roberto, y ambos sus primeros maestros y modelos, fueron siempre muy católicos. Hé ahí, pues, uno de los profesores de hebreo, uno de los hombres mas sabios educado en el seno de la Iglesia romana, y que no se separó de ella hasta despues de haber dado á luz muy buenas obras. Otro tanto puede decirse de Juan de Mercier, que fué sucesor de Vatablo, y católico mucho tiempo antes de pasarse al partido de los novadores. Lo mismo sucedió con Jacobo Le Fevre de Etaples, de Farell y de Roussel que fueron los primeros entre los franceses, de cuya fé se tuvo sospechas. Todos estos literatos que hacian su principal estudio en la ciencia de las Escrituras, habian nacido de padres católicos y sido educados por católicos, hábiles sin duda y muy capaces de honrar á su patria y á la Iglesia.

¿Y qué diriamos de los frailes apóstatas que tantos servicios hicieron á la reforma por medio de sus escritos y predicaciones? ¿Dónde sino en sus claustros podian haber estudiado las lenguas y la Escritura? ¿Se podrá

negar que estaban ya acostumbrados á la controversia, al uso de la palabra y al arte de componer y escribir? Los luteranos de Alemania citan con complacencia á su Sebastian Munster y su Conrado Pelicano, que en efecto eran hombres de una profunda erudición; pero ambos eran procedentes de la orden de San Francisco en la que uno y otro habian compuesto gran parte de sus obras. En Francia, Teodoro de Beza habla con elogio, y desde los primeros tiempos de la reforma, de una infinidad de tráfugas, entre ellos, de un Juan Michel, benedictino; de un Juan de Bosco, dominico; de un Couraut y de un Marlorat, agustinos. Luego cualquiera que sea el mérito que se atribuya á esos hijos pródigos, que no desertaban de sus claustros mas que para casarse ó entregarse al mundo, no podrá menos de confesarse que ya poseian un caudal de ciencia que en ninguna parte mas que en sus conventos podian haberlo adquirido, y que por lo tanto del seno de la Iglesia es de donde ellos sacaron las riquezas de erudición de que se sirvieron para perdición de las almas. Concluyamos, pues, diciendo que los sectarios no tienen razon en alabarse de haber resucitado los buenos estudios, sobre todo los de la Sagrada Escritura; que tampoco es cierto que la Iglesia de Francia estuviese privada de toda luz, de toda emulacion con respecto á los Libros Santos, cuando en ella se establecieron las nuevas sectas; y que por último, todas las invectivas de los novadores sobre ese particular son palpables calumnias. Confesemos únicamente que con motivo de las nuevas herejías el celo de la Escritura y de la teología positiva adquirió un nuevo grado de fuerza, poco mas ó menos como cuando en tiempo de los arrianos los católicos redoblaron su atencion para comprender bien el sentido de la divina palabra á fin de cerrar ese manantial sagrado á los enemigos de la divinidad de Jesucristo.

§. II.—*Razones que la Iglesia de Francia del siglo XVI tuvo para desconfiar de las versiones y de la lectura de los Libros Santos en idioma vulgar.*

En el siglo XVI se manifestó mucha oposición á las traducciones francesas de la Escritura, y mucha mas á su uso. Los concilios, las

escuelas de teología y parlamentos de aquella nación, prohibieron con mucho rigor un gran número de versiones francesas y una multitud de proposiciones destinadas á autorizar su lectura. En vista de esto, ocurre naturalmente la idea de preguntar en qué razones se fundaban para obrar de aquel modo, y por qué la Iglesia de Francia adoptó un sistema que no le era tan comun (1) antes de los alborotos de Lutero y Calvino.

La respuesta á esta pregunta se ocurre de snyo: el motivo de aquella oposicion era que el objeto de la mayor parte de las traducciones francesas que entonces se publicaban era inspirar el error; y que además del veneno que cautelosamente iba envuelto en aquellas versiones, la lectura de los Libros Santos en el idioma vulgar producía entonces funestas impresiones en el ánimo de los fieles sencillos. De ambas cosas nos vamos á ocupar en breves palabras y en cuanto sea necesario para refutar á los herejes que tantas veces han criticado en los primeros pastores franceses y en los teólogos el punto de disciplina de que ahora tratamos.

Por de pronto es conveniente que demos pormenores acerca de las traducciones francesas hechas en este siglo XVI, principiando desde el mismo origen de las heregias. La primera ciudad de Francia donde los novadores intentaron acreditar el uso del Nuevo Testamento en lengua vulgar fué Meaux, durante el episcopado de Guillermo Brizonnet, prelado bastante hábil y hombre de bien, pero poco prevenido contra los artificios de la heregia. Publicáronse para los fieles de su diócesis Evangelios y Epístolas en idioma vulgar; y en el exámen que hizo de este libro la facultad de Teología de París, halló cuarenta y siete proposiciones en las que estaba refundida casi toda la doctrina del luteranismo (2). Esto pasaba en 1525, y hay motivos para creer que aquel libro de las Epístolas y Evangelios formaba parte de la traduccion francesa de todo el Nue-

(1) Hay ejemplos que prueban que en tiempos de heregia la iglesia de Francia habia manifestado tambien su oposicion á las traducciones francesas de los Santos Libros. En 1229 un concilio de Tolosa prohibió muy severamente á los fieles tener libros del Antiguo ó Nuevo Testamento traducidos en lengua vulgar. Véase sobre este particular el tomo 3.º, pág. 361.

(2) D'Argentré, t. 2. pág. 35.

vo Testamento hecha por Jacobo Le Fevre de Etaples (1), que era uno de los confidentes del obispo de Meaux. Su obra salió á luz en 1523, y al momento se vió impugnada por los teólogos de París, y no evitó la censura sino á favor de la poderosa proteccion que su autor gozaba en la corte. Este es, al parecer, el primer egemplo de procedimientos teológicos contra las traducciones de la Escritura en lengua vulgar. Apenas era conocido el luteranismo en el reino, cuando ya las traducciones de la Biblia salian infectadas de su ponzoña. ¿Hay, pues, que admirarse de que los doctores y los obispos se alarmáran y desconfiáran tan pronto y tan enérgicamente, y hasta concibieran aversion á las traducciones francesas?

Sin embargo, Erasmo levantó la voz con su acostumbrado magisterio; y aunque estaba bien enterado de que se perseguía á Le Fevre de Etaples por su traduccion del Nuevo Testamento, no dejó de afirmar deseaba que la Sagrada Escritura fuese traducida á todos los idiomas; mas la facultad de Teología de París supo demostrarle muy bien en la larga censura de sus paráfrasis, que la malicia humana hacia muy peligrosas las traducciones de la Biblia al idioma vulgar, particularmente si se permitía su lectura á todo género de personas sin escepcion.

Esta respuesta era muy cuerda, y su esactitud ha sido plenamente confirmada por el trascurso del tiempo. A cada instante tenian que ocuparse los teólogos en reprobar las versiones heréticas que inundaban la Francia. Estas consistian unas veces en fragmentos de los Santos Libros que salian á luz bajo todas las formas y estilos, como los *Salmos*, en verso, de Clemente Marot; el *Cantar de los Cantares*, de Esteban Dolet; los *Comentarios*, de Calvino, sobre varios pasages de la Biblia, etc. Otras veces aparecía todo el cuerpo entero de las Escrituras, todo el Antiguo y Nuevo Testamento en francés.

Verdad es que fueron católicos los primeros que publicaron esta grande obra. En 1530 se hizo una edicion de ella en Amberes dirigida por unos doctores de Lovaina. Estos editores estaban bastante versados en la critica, y

(1) Dicese que habia traducido toda la Biblia, pero es difícil probarlo.

se dedicaron á explicar el sentido literal, lo cual prueba tambien que en aquella universidad habia franceses, ú hombres instruidos en el idioma francés, que no habian tenido que esperar la aparicion de las nuevas heregias para dedicarse á los buenos estudios.

Esta version de Amberes, aunque compuesta é impresa sin ningun designio de establecer el error, fué muy funesta á la Religión por sus resultados, pues sirvió de base á todas las Biblias de Ginebra de las que la primera apareció en 1535 bajo la direccion y segun las preocupaciones de Roberto Olivetan, pariente de Calvino, bien que está fué una de las menos reprobables por ser la que menos se separó de la de Amberes. Calvino retocó la obra de su pariente; y aunque procuró insinuar en ella sus principios, aun fué poca cosa respecto de la licencia que se tomaron los editores mas recientes.

Necesitábase un volumen entero para dar cuenta de las alteraciones hechas por los herejes en aquellas Biblias (1). Suprimese en ellas todo cuanto indica el sacrificio de la Eucaristia, el sacerdocio y la gerarquía eclesiástica: todo lo que es favorable al mérito de las obras y á la universalidad de la redencion: insértnse términos á propósito para combatir la invocacion de los Santos, el culto de las imágenes, las obras satisfactorias, la libertad del hombre, etc. Y los errores que no pudieron hallar cabida en el texto aparecen insinuados por medio de notas marginales. El exámen de todo esto ocupó por mucho tiempo á los mas hábiles de los controversistas modernos; pero antes de ellos, los doctores católicos del siglo XVI ya habian penetrado todo este misterio de iniquidad.

No hay libro herético que haya sido conocido mas á fondo ni mas vivamente atacado por la Facultad de teología de París que la Biblia impresa para el uso de Ginebra. Habiendo di-

(1) Por egemplo, en las primeras ediciones se daba á Jesucristo el nombre de *Salvador de todos*; y en las que se hicieron desde el 1538, ya no se le llama mas que *conservador*. En las primeras se traducia la palabra *idolum* por la de *idolo*; y en las siguientes por la de *imagen*. Olivetan suprimió la palabra *presbiteros*, y en su lugar empleó la de *ancianos*. Calvino, mas sensato, restituyó la primera palabra; pero luego volyieron á usar la segunda, etc. Véase sobre este particular á los controversistas Voron, Coron, etc. B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

cha Facultad recibido orden del rey Enrique II para que examinase detenidamente toda traduccion francesa de la Escritura y todo libro de Religion procedente de Ginebra, los doctores dirigieron particularmente su atencion sobre las traducciones de Olivetan, de Calvino y demas editores que les siguieron: de manera que en aquella sábia corporacion se tenia esacta noticia de las menores discrepancias de aquellas Biblias con el testo del dogma católico.

Esto fué lo que hubo ocasion de demostrar durante el famoso proceso del doctor Renato Benoit, párroco de San Eustaquio de París, el hombre que mas ha debido arrepentirse de haberse aventurado á publicar una version francesa de la Escritura. No es aqui lugar de referir el curso de aquel asunto tan estremadamente contencioso; baste decir que á pesar de las protestas que el autor hizo de la mas sincera adhesion á la fé católica, á pesar de las pruebas que dió de su atencion en contradecir á los sectarios por medio de notas diseminadas en la obra, no pudo librarse de que se le acusara de haberse conformado en su traduccion con la Biblia de Ginebra. Los doctores, compañeros suyos, redactaron largas listas de los pasages que habia tomado ó imitado de aquella obra; y finalmente, despues que la malhadada version fué proscrita por la corporacion entera de la Facultad, el Papa Gregorio XIII confirmó la censura, declarando que aquel libro contenia errores, heregias y blasfemias intolerables, con otra multitud de cosas conformes con los libros y traducciones heréticas (1).

Lo que mas debemos hacer notar con motivo del proceso seguido contra Renato Benoit, es el cargo que se le hace de haberse separado de la Vulgata, sabiendo que esta version latina habia sido declarada auténtica por el concilio de Trento y que el mismo traductor se habia comprometido tanto en el título de su traduccion francesa como en el prólogo á seguirla esclusivamente. Esta critica era sumamente juiciosa y causa admiracion ver que el doctor Renato y otros despues de él hayan querido concordar en sus traducciones francesas

(1) D'Argentré, t. 2, p. 395; *Ibid.* t. 1, in ind. pag. 23.

las diferencias del hebreo y del griego con la Vulgata. Esa concordancia es el designio mas mal imaginado que puede concebirse, por las razones siguientes: 1.^o Es aventurarse á faltar á su palabra no dando la antigua version de la Iglesia; pues las diferencias del hebreo y del griego, mezcladas y combinadas con esta antigua version, no componen ya un todo que pueda llamarse la Vulgata; 2.^o Hay una evidente esposicion de sustituir las ideas y la palabra del hombre á los oráculos de la Divinidad, porque esa eleccion de diversos textos, y ese arreglo de pasages tomados de una parte y otra, es una obra enteramente humana y dependiente de las circunstancias y muchas veces hasta de las preocupaciones de un traductor; 3.^o Despues de un largo trabajo no se consigue ordinariamente mas que poner en manos de los fieles una obra bastante inútil; pues los sabios que están acostumbrados á remontarse hasta los originales, no pueden hacer mucho caso de un libro que les da poca enseñanza, y los lectores sencillos cuidan muy poco de saber lo que dicen los textos que se llaman originales, y hasta se escandalizan si llegan á leer alguna cosa que no esté conforme con lo que oyen cantar ó leer en los oficios de la Iglesia. Finalmente, como puede suceder que en una nacion haya una multitud de traductores de los Libros Santos, si cada uno de ellos tratase de adoptar é insertar en su version las diferencias que él reputé textos primitivos, resultarían otras tantas Biblias, ó por mejor decir, tantas y tan diversas palabras de Dios como traductores. Y en ese caso, ¿qué será de la uniformidad de instruccion y de la regla invariable de fé y de moral? ¿Qué utilidad resultaría á la Iglesia de aquel decreto tan sabio y que tan claramente anuncia la asistencia del Espíritu Santo, decreto por el cual la Vulgata fué declarada auténtica, capaz de servir de prueba en todas partes y tan venerable que no se la pueda recusar bajo ningun pretexto? Por estas razones se comprende cuán temerario sea insertar en las versiones francesas de la Sagrada Escritura las llamadas diferencias del hebreo y del griego; y fijando bien la atencion en estas consideraciones, se echa de ver cuán de desear sería que en cada nacion no hubiese mas que una sola version en lengua vulgar, que por supuesto hubiese sido esmeradamente redactada en

presencia de la Vulgata, version que mereciera ser aprobada por todos los primeros pastores de la Iglesia que hablasen el mismo idioma; version que acaso podría ser susceptible de alguna variacion, porque las lenguas vivas varian algunas veces; pero que sin embargo, fuera independiente del capricho de los particulares, prohibiéndose al efecto con toda severidad se hiciese en ella variacion alguna sin la aprobacion del cuerpo pastoral de aquella nacion. Este sistema, como á primera vista se comprende, en nada podia incomodar á los hombres de estudio, á los doctores encargados de vigilar por la custodia de las Sagradas Letras, á los intérpretes sagrados de la palabra del Señor, pues estos siempre serian dueños de consultar cuando quisieran los textos que se llaman originales, de compararlos entre sí con la antigua version latina y de buscar las diversas lecciones diseminadas en los ejemplares ó en los escritos de los autores eclesiásticos. En una palabra, la ciencia estaria perfectamente de acuerdo con el uso simple, comun y perpetuo de la Vulgata, sea tomada en sí misma, ó sea considerada en las traducciones en lengua vulgar, segun la idea que acabamos de espresar y que mas de una vez ha sido ya propuesta sin haberse nunca llegado á la ejecucion.

Otra de las quejas de los teólogos de Paris contra su colega Renato Benoit consistia, en que se hubiese atrevido en su prólogo á invitar indistintamente á todo el mundo á leer la nueva traduccion de los Libros Santos y que hasta quisiera probar ser necesaria esta lectura. Semejante cargo era muy sensato, particularmente atendida la época en que se le hacia, pues además de los errores que se encontraban en su obra, hay que advertir que toda la Escritura de la Biblia puesta en lengua vulgar, producía casi siempre entonces muy malas impresiones en el ánimo de los fieles. Esto es lo que en segundo lugar nos hemos propuesto probar en este párrafo, y las razones que para hacerlo emplearemos son las siguientes:

Nada mas bello en apariencia que los elogios de que los sectarios del siglo XVI colmaban á la Escritura Santa. A juzgar por lo que decían, no habia que atribuir la decadencia de las costumbres y el estado de humillacion de la Iglesia, mas que al olvido de la divina

palabra (1). Para remediar esos males era necesario que todo el mundo se acercara á los sagrados manantiales de la revelacion, para beber en ellos los verdaderos principios de salvacion é instruirse con los profetas y los Apóstoles. Estas máximas que hubieran sido muy laudables, si al par de ellas se hubiese recomendado la obediencia debida á los pastores, eran un elemento de revolucion en boca de aquellos enemigos de la Iglesia; pues al aconsejar la lectura de los Libros Santos, daban al traste con todas las relaciones de dependencia, sobre este particular, entre los simples fieles y los ministros establecidos por Dios para instruir y gobernar; y aun se desataban furiosamente en invectivas contra todo el orden gerárquico, acusándolo de privar á las ovejas del pasto necesario, y acriminándolo sin pudor ni consideracion alguna de haber caído en la mas grosera ignorancia. De resultas de estos sediciosos clamores se palpaban los perniciosos efectos de las versiones al idioma vulgar. Por una parte, el pueblo incauto, seducido por la magnífica pintura que de la Escritura le hacian, y aun movido de una especie de curiosidad ó deseo de profundizar los misterios y juzgar acerca de ellos, se decidía á hacer uso de las traducciones que le ofrecian. Y como por otra parte estaba ya prevenido contra el clero por la odiosa pintura que de él hacian los reformadores, no tenia ni docilidad para seguir los consejos de sus pastores antes de emprender la lectura de la Biblia, ni el cuidado de valerse de las luces de ellos para adquirir su inteligencia. Persuadido además de la facilidad de este género de estudio, así que llegaba á imaginarse que habia conseguido algun adelanto, consideraba la prohibicion de leer los Sagrados Libros como un efecto de la supina ignorancia de los eclesiásticos; y llegado este caso, ¿qué clase de ideas serian las que debían afectar á unos hombres de todas condiciones, á veces de las mas viles, y predispuestos por esta sola circunstancia á la rebelion? Fácil es comprenderlo. Ideas de desprecio con relacion á sí mismos, é ideas de cisma con respecto á toda la Religion. ¿No se vieron efectivamente entre los novadores á algunos artesanos, jóvenes y

hasta mugeres que pretendian arrogarse derechos que no querian conceder al Papa, á los obispos ni á los sacerdotes, hacerse dispensadores de la palabra divina y de los Sacramentos, presidir las reuniones de los fieles y discutir sobre los puntos mas profundos de la Escritura (1)? Tan indecentes escenas jamás se hubieran dado al público, si antes no se hubiesen roto los lazos de dependencia de los fieles respecto de los ministros de la Iglesia: si no se hubiesen leído inconsideradamente los libros de la Biblia, nunca el pueblo se hubiera desviado de las reglas de una dependencia legítima, y si la Biblia no hubiese sido vertida al idioma vulgar, no se hubiera entregado á esa inconsiderada lectura.

Mas aun suponiendo que no se llegó de un golpe á incurrir en el cisma respecto de los primeros pastores, aún habia otro inconveniente que no podia menos de ser efecto de haber permitido aquellas lecturas á toda clase de personas indistintamente: ese inconveniente era que el pueblo se iba desviando poco á poco de las prácticas admitidas por la Iglesia. Lutero empleó este artificio con muy buen resultado. Este recurso le sirvió, dice uno de los franceses convertidos (2), para ir separando al pueblo de lo que en lenguaje luterano se llamaba supersticiones de la Iglesia romana; y un célebre controversista, inquisidor de Tolosa en tiempo de Enrique II, hablando de la revolucion que la lectura de las biblias traducidas al francés habia producido en los ánimos, dice estas palabras (3): «Antiguamente los fieles se reunían en la unidad de una fé comun y segun lo dispuesto por la Iglesia: oían con piedad y con atención á los ministros de la palabra; si se habian hecho culpables de algunos pecados, les expiaban por medio del sacramento de la penitencia y con obras meritorias, y cumplían gustosos con las abstinencias y ayunos conservados por tradicion desde los Apóstoles. Mas desde que se han dado á luz las versio-

(1) En Meaux un tal Pedro le Clerc, cardador de lana, gobernaba la pequeña iglesia reformada. El primer ministro del culto protestante que hubo en Paris, fué un jóven de veinte y dos años. En Lovaina se atrevió una muger á desafiar á toda la universidad á disputar con ella.

(2) La Milletiere, *declarat.* p. 9.

(3) Spirit. Roter. *Dissert. de non vertend. Scrip. in ling. vulg.* c. 31.

(1) Calvin. *de Utilit. scrip. sacr.* t. 9, part. 2, pag. 243, edit. 1667.